

objeto misterioso de sus investigaciones, el objeto lejano de su esperanza. Aún abandonándose á los placeres creados por Dios, y de los cuales abusa para ofenderlo, no ama implícitamente más que á Dios; y mientras se aleja de Dios, parece decirle con el Profeta: «¡Dios mio, sois el único objeto capaz de llenar, de contentar mi corazón; sois mi porción, mi herencia necesaria en el tiempo y en la eternidad» (1).

En fin, el hombre tiende necesariamente á Dios, no solamente por la inteligencia y por el corazón, sino ¡quién lo creerá! por los sentidos mismos. Si no le basta creer en la existencia de Dios, no le basta tampoco amarlo; pero quiere verlo y escucharlo; quiere tenerlo de una manera sensible cerca de sí y en su compañía. De ahí la propensión que han tenido siempre los hombres á representar bajo una imagen sensible á Dios, ó lo que han tomado por Dios, y á reproducir su efigie; propensión que ha hecho nacer las artes, esas artes que luego se han prostituido en las criaturas; y todo eso no es debido más que al deseo innato, indestructible que tienen los hombres de representarse al Creador bajo formas sensibles. De ahí el ardor febril con que los gentiles multiplicaban los ídolos, llenando, no solamente los templos, sino los palacios, las casas, las calles, las ciudades, los campos; llevándolos aún sobre ellos mismos, como para tener en sus dioses compañeros inseparables de sus destinos, compartir con ellos las penas y los placeres de la vida, y tenerlos siempre á la vista en su sociedad. De ahí la solicitud de los verdaderos católicos que hacen lo mismo con las imágenes del verdadero Dios y de los verdaderos amigos de Dios; y de ahí su apresuramiento á multiplicar indefinidamente las santas imágenes, á honrar con ellas todos los lugares, á rendirles un culto religioso, y á llevarlas sobre su persona. Por esto se comprende fácilmente que los iconoclastas antiguos y modernos, al hacer la guerra á las santas imágenes, han pecado, no solamente contra la religión, sino contra la razón; no solamente contra la fe, sino contra la naturaleza; y que son, no solamente sacrílegos, sino absurdos en último grado, puesto que tienen la pretensión de ir contra el sentimiento, la necesidad universal, constante, innata en todos los hombres, de representarse á Dios de una manera sensible.

(1) Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum. (Ps. LXXII.)

¿Qué ha sucedido con esto? ¿Se ha renunciado á esculpir y á pintar? No, porque eso es imposible. Pero al dejar de pintar y de esculpir imágenes de Dios, los hombres se han puesto á esculpir y á pintar á Satanás. En lugar de los puros misterios de nuestra religión, han esculpido y pintado los misterios impuros del paganismo. En vez de santos en quienes resplandecen los atributos divinos, han esculpido y pintado héroes profanos en quienes se encarna la inspiración diabólica. En lugar de llenar las habitaciones de imágenes de Jesucristo, de su Madre inmaculada y de santos, las llenan de imágenes del adúltero Júpiter, de gracias impúdicas, de musas inmodestas, de Venus prostituidas; porque el hombre no puede dejar de representar, por los colores ó el cincel, á Dios ó á cualquiera cosa que ocupe su puesto; si no pinta al Dios verdadero, representa á los falsos dioses, y no vacilará en poner ante sus ojos las funestas prosopopeyas del vicio si se le impide poner las nobles imágenes de la virtud.

Más diré aún: no solamente el hombre tiene una invencible propensión á representarse sensiblemente á Dios, á tenerlo cerca de sí, sino á unirse íntimamente á Él por los sentidos, á transformarse en Él, á llegar á ser sensiblemente, aún corporalmente, una cosa misma con Él. Y como la manera más simple de asimilarse una cosa es alimentarse con ella, porque el alimento se transforma en nuestra propia sustancia, el hombre abriga en el fondo de su corazón el misterioso deseo, el apetito sobrenatural de alimentarse de Dios. De ahí el uso constante en todos los pueblos de comer una parte de las víctimas sacrificadas á la Divinidad, imaginándose así participar de alguna cosa de lo divino. De ahí ese apetito de la divina Eucaristía que experimentan las almas verdaderamente cristianas. ¿Y por qué? Porque en la Eucaristía, Dios, no solamente conversa familiarmente con nosotros, sino que se comunica en manera de alimento, no en figura, no por la fe sola, sino en realidad por el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Así se comprende cómo el misterio eucarístico, ese gran prodigio del poder y del amor de Dios, ha sido el medio inefable elegido por Dios para satisfacer el deseo de unirse á Dios de una manera sensible, llegando á ser ese misterio el complemento, la perfección de la verdadera religión, que no es verdadera y perfecta sino en tanto que satisface todos los instintos legítimos del hombre. Por eso el hombre, hasta en su carne y su hueso, sus-

pira por su union física con el Dios de vida, porque aspira á ser vivificado por Dios y sacado de su humillacion. El Profeta lo ha dicho: « Mi corazon y mi carne se han estremecido con el deseo de unirse al Dios vivo. Mi osamenta humillada se estremecerá cuando la alegría divina llegue á mis sentidos » (1).

Sentado esto, hé aquí cómo razono: lo único necesario para el hombre es aquello sin lo cual no puede pasar, aquello á que el hombre tiende sin cesar y universalmente con toda la fuerza de sus inclinaciones, con toda la impetuosidad de sus deseos, con toda la violencia de sus afecciones. Lo hemos visto: el hombre, no solamente por su inteligencia y por su corazon, sino aún por todos sus sentidos, sus facultades, sus entrañas, todo su sér, está en relacion natural, íntima, perpétua, indestructible con Dios; busca á Dios siempre y en todo; está siempre fijo en Dios, aún cuando se entrega á los excesos con que ofende á Dios y se aleja de Dios. Luego, dice San Agustin, lo único necesario para el hombre es esa unidad superior, inefable, infinita, perfecta, en la cual el Padre, el Verbo y el Espíritu-Santo no son más que un solo y mismo Dios (2). Lo único necesario para el hombre es que ese Dios *trino* y *uno*, esa Trina unidad, esa única Trinidad se repita, se reproduzca en el hombre; á fin de que él también, como ha dicho Jesucristo, llegue á ser por la gracia una divina unidad, se una con Dios, en Dios y de Dios, como el Verbo es uno con su divino Padre y con el Espíritu-Santo en unidad de naturaleza: « Padre, decia Jesucristo, que sean ellos uno, como nosotros somos uno » (3).

¿ Pero cómo se obtiene esa union íntima de nosotros con Dios, ese único necesario, que sólo puede llenarlo todo, y cuya ausencia no puede suplirse con nada? Contemplad á María, hermana de Marta. Se ha dicho que estaba humildemente sentada á los piés de Jesus, escuchando con sumision su palabra y acogiéndola en su corazon con un amor afectuoso: *Maria sedens secus pedes Domini audiebat Verbum illius*. ¡ Oh! ¡ Qué bellas palabras!

(1) Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. (Ps. LXXIII.)
Auditui meo dabis gaudium et lætitiã et exultabunt ossa humiliata. (Psalmus L.)

(2) Unum est necessarium: unum illud supernum ubi Pater, Verbum et Spiritus Sanctus unum sunt. (S. Aug.)

(3) Ut sint unum, sicut nos unum sumus. (Joan., XVII.)

¡ Qué grande es el misterio que nos revelan! ¡ Qué importante es la verdad que nos enseñan!

El niño, apenas nace, siente esa vida de las entrañas que se llama hambre. Se queja y lo expresa con gemidos. Pero ántes que la madre le haya acercado el pecho, ignora que el remedio á esta sensacion penosa es el alimento; ménos inteligencia tiene aún para la eleccion de los alimentos y saber procurárselos; y cuando por experiencia aprende cómo se satisface el hambre, se abandona á sí mismo y lleva estúpidamente á la boca todo lo que coge, y traga como alimento de vida la piedra, la madera, el metal, el insecto que puede matarlo. Tal es, justamente, segun San Pedro, la condicion del hombre en este mundo: « Nos parecemos á niños recién nacidos » (1). Es verdad que el hombre tiene un instinto divino, en virtud del cual, por su inteligencia, por su corazon y por sus sentidos, tiende sin cesar hácia Dios; pero esa necesidad y esa hambre no las conoce, no las siente sino de una manera confusa; y sin una enseña exterior que le instruya, sin una madre divina que le acerque el pecho y, como dice San Pablo, le destile abundantemente la leche de la doctrina evangélica (2), el hombre no conoce, no concibe que no puede satisfacer el hambre y la sed de su inteligencia más que con la verdad divina; que no puede satisfacer el hambre y la sed de su corazon, ávido de amor, sino por la bondad de Dios; y que sus sentidos, que reclaman una alimentacion sustancial, no pueden ser satisfechos más que por la virtud de Dios. También, abandonado á sí mismo, este niño débil, no sabiendo elevarse hasta el cielo, pide á la tierra lo único necesario que reclama su instinto divino; coge todo lo que se le presenta: el error, y alimenta con él su inteligencia; el vicio, y alimenta su corazon; la supersticion y los goces sensuales, y alimenta sus sentidos. Así, en lugar del Creador que puede vivificarlo, abraza la criatura que lo mata.

¿Cuál es, pues, el medio para evitar un mal tan grande, para encontrar la union íntima con Dios, lo único necesario capaz de contentarnos y de hacernos dichosos? Magdalena nos lo enseñará: es menester como ella estar á los piés de Jesucristo, escu-

(1) Sicut modo geniti infantes. (I, Petr., II.)

(2) Tanquam parvulis Domini lac vobis potum dedi. (I, Cor., III.)

char su palabra, recibir su doctrina, profesar su religion; porque el hombre, viniendo de Dios y yendo á Dios, no puede atravesar el intervalo que le separa más que con la ayuda de Dios, en compañía de Dios. Entre dos extremos divinos no hay, no puede haber más que un medio divino; y ese medio divino es la religion de Jesucristo, la revelacion del hombre Dios, del mediador entre Dios y el hombre, la expresion de los oráculos divinos: *Maria sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius.*

Y de hecho, como el hombre es inteligencia, corazon y organismo, y Dios es verdad, amor y fuerza, la doctrina evangélica, la religion de Jesucristo es por sí misma dogma, moral y culto, y con relacion al hombre es fe, obediencia y piedad. Así, por medio de la fe á sus dogmas, la religion hace participar á la inteligencia del hombre de la verdad infinita, y la esclarece; por medio de la obediencia á sus leyes, eleva el corazon del hombre al amor infinito, y lo satisface; por medio de la piedad, de las prácticas de su culto, puede esparcir, hasta sobre los sentidos del hombre, alguna cosa del poder y de la nobleza que está en el infinito, y los perfecciona. Ahora bien, la verdad infinita, el amor infinito, el poder infinito, no son otra cosa que Dios mismo. Luego la palabra, la doctrina, la religion de Jesucristo, son el medio divino dado al hombre para encontrar á Dios, para ponerse, en cuanto á todas sus potencias, en comunicacion real, en comercio eficaz con Dios; recibir á Dios todo entero en sí mismo, unirse íntimamente á Dios, vivir de la vida de Dios, estar identificado, segun San Pablo, y transformado en Dios, llegar á ser una misma cosa con Dios por una transformacion de todo su sér en el esplendor de las perfecciones y del sér de Dios (1). Y porque ese Dios es *uno* y *trino*, el cristiano lo copia y lo reproduce en sí mismo *uno* y *trino*, como es, por medio de una triple comunicacion de la naturaleza divina; y por eso obtiene y posee en sí mismo ese Soberano necesario, único, perfecto, infinito, en el cual el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo forman una real y verdadera Trinidad, la Unidad esencial y eterna: *Unum est necessarium, unum illud supernum, ubi Pater, Verbum et Spiritus Sanctus unum sunt.* Preciosa unidad, unidad necesaria, donde el hombre encuentra todo lo que desea, que lo pone, se-

(1) Qui adhæret Domino, unus spiritus est. (1. Cor., VI.)

gun el orden natural y divino, en armonía, en paz consigo mismo por su union con Dios, que contenta todos sus deseos, satisface todos sus instintos, remedia todas sus debilidades, le comunica todo lo que le santifica, le diviniza, le perfecciona. Porcion la mejor de todas, que, asegurada por la invariable perseverancia, no puede sernos arrebatada; ¡pero porcion que no se obtiene más que á los piés de Jesucristo, escuchando su doctrina, profesando su religion! Todo eso no se obtiene más que en la verdadera Iglesia.

Contemplad á Marta y Magdalena, y guardaos de despreciarlas. Estas dos mujeres simples y piadosas representan, segun Eusebio de Emeso, algo de grande y de sublime (1). Marta es inocente, y María penitente. Marta trabaja, y María se dedica á la oracion. Marta se cuida de los preparativos del festin que debe ofrecer á Jesucristo, y María escucha las palabras del Salvador. Hé aquí, continúa el mismo Padre, en esta dichosa casa una figura de la verdadera Iglesia. En la verdadera Iglesia, en efecto, no hay más que fieles, inocentes ó penitentes; puesto que los pecadores no pertenecen más que á su cuerpo y no á su espíritu, no hay en la Iglesia más que dos géneros de vida: la activa y la contemplativa; el celo atento al ejercicio de la caridad con el prójimo, y el espíritu de oracion y de amor que se dedica sobre todo á conversar con Dios. Hé aquí, pues, una imagen fiel de la verdadera Iglesia, de la Iglesia católica (2). Luego Jesucristo que, en la casa de Marta y de María, hace oír su palabra, es Jesucristo que, en el seno de su Iglesia, sostiene su doctrina y su religion; Magdalena que, en esta sola casa, encuentra á Jesucristo y obtiene allí la parte mejor, es el cristiano que, en la Iglesia católica solamente, puede encontrar á Jesucristo, sentarse á sus piés, participar de su enseñanza y de su gracia, y obtener la union con Dios, ese único necesario para que ha sido creado.

¡Ay! Fuera de la Iglesia católica divinamente establecida, en la cual está presente para hacer oír su palabra ese mismo Jesucristo que la ha fundado, no hay más que Iglesias edificadas por mano de los hombres en interes de sus pasiones; y por eso no po-

(1) Utraque magnum aliquid significat. (Eusebs. Emiss.)

(2) In his duobus Ecclesia consistit. (Ibid.)

dria encontrarse en ellas á Jesucristo, ni hay en ellas más que la palabra humana, la enseñanza humana, la religion humana que el hombre ha creado á imágen de su naturaleza degradada, y que por consecuencia lleva el sello de su nulidad, de su debilidad, de su ligereza, de su corrupcion. Son casas de Caifas donde se blasfema de Jesucristo; pero no la casa de Marta y de Magdalena, donde Jesucristo enseña con bondad y acoge con amor y consuelo. Porque en esas Iglesias profanas la fe no tiene otra regla que el juicio particular, la moral no tiene otra sancion que la voluntad individual, ni el culto más reglas que el interes propio.

La fe no es más que la opinion, la moral el capricho, el culto una vana ceremonia; porque cada uno puede creer lo que bien le parezca, vivir segun su creencia, y rendir á Dios el culto que le plazca. Así, todo cristiano es un pontífice que decide, un legislador que manda, un sacerdote que sacrifica; pero en su interior, y no tomando más que de sí mismo la regla de la creencia, de las costumbres y de la oracion.

Vanamente el hereje, que no admite de la revelacion divina más que lo que conviene á su razon, á su sentimiento, á su sentido puramente humano, y que por consecuencia está fuera de la casa de Marta y Magdalena, es decir, de la verdadera Iglesia, vanamente, digo, el verdadero hereje se lisonjea de obtener lo único necesario al hombre. Vanamente el fanático pietista, por medio de oraciones que, sino manchadas por la impudencia, no son inspiradas más que por un entusiasmo insensato y sostenidas por un piadoso delirio, cree poder ponerse en contacto inmediato con Dios. Sólo la verdad de Dios, la gracia, el amor, la fuerza y la virtud de Dios, pueden producir la union verdadera, positiva, eficaz del hombre con Dios. Las opiniones vagas y erróneas del hombre y su defectuosa moral, no pueden más que viciar, corromper y perder al hombre separándolo de Dios. Por eso Jesucristo ha dicho que aquel que no escucha á la Iglesia está fuera de la Iglesia, y que debe ser mirado como un publicano, como un cismático, como separado, dividido, excomulgado de Dios (1). Está separado de Dios en el tiempo, y será separado más completamente en la eternidad, y aprenderá por ex-

(1) Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus. (*Matth.*, XVIII.)

periencia lo que no quiso admitir por la sumision de la fe; sabrá que fuera de la verdadera Iglesia no se puede encontrar á Jesucristo, ni la verdadera union con Dios, ni la verdadera religion, ni la verdadera salud.

SEGUNDO PUNTO. Hemos visto que nuestra union con Dios es lo único necesario. Pero ese único necesario, esa mejor parte á la cual están ligados nuestro reposo, nuestra dicha en la vida presente y en la futura, ese único necesario depende únicamente de nuestra libre eleccion: *Optimam partem elegit*. ¿Que nos queda, pues, que hacer para asegurarlo? Contemplad á Magdalena: todo lo olvida: la afeccion por su hermana, su propio alimento, su rango de señora de la casa, para sentarse á los piés de Jesucristo. Eso es justamente lo que tenemos que hacer: apartar nuestro corazon de las cosas terrestres; sacrificar todo lo que poseemos, todo lo que somos; abjurar y renegar del orgullo de nuestra propia razon, del desorden de nuestro corazon, de la fragilidad de nuestra carne, en fin, de nosotros mismos; porque, como ha dicho Jesucristo, con esta condicion solamente podemos estar cerca de Él y seguirlo, á Él que es la vía, la verdad y la vida (1).

En efecto, no es posible que la razon crea en los dogmas infalibles de Jesucristo, sin que se baje; que el corazon obedezca á sus rígidas leyes, sin que renuncie á sí mismo; que los sentidos se sometan á su culto, sin que se inmolen.

No es posible que el hombre, sér débil, corrompido y que lleva los estigmas del vicio y de las pasiones, se eleve hasta la luz, la santidad, la virtud infinita, y se una por una transformacion real, sin que se despoje de todo lo que tiene en sí mismo que se oponga á esta elevacion, al contacto del alma con la inaccesible divinidad.

No es posible unir dos naturalezas tan opuestas, tan desproporcionadas, Dios y el hombre, sin despojarse de todo eso, sin un violento esfuerzo sobre sí mismo, sin someter la inteligencia, el corazon y el cuerpo á la accion de Dios.

Así, pues, las religiones de invencion humana, las doctrinas de la incredulidad y de la herejía, del protestantismo y del ra-

(1) Si quis vult post me venire abneget semetipsum..... et sequatur me. (*Matth.*, XVI.) Ego sum via, veritas et vita. (*Joan.*, XVI.)

cionalismo, por lo mismo que desconocen ó condenan la sujecion de la razon á la autoridad de la Iglesia, el sacrificio del corazon á las leyes evangélicas, la mortificacion, la penitencia corporal como preparacion para la Eucaristía; por lo mismo que dejan al hombre en libertad de no sujetarse más que á los dogmas que le parezcan creibles, de no obedecer más leyes que las que le parezcan practicables, de no rendir á Dios sino un culto que no incomode á la carne; por lo mismo que en lugar de exigir el sacrificio de la inteligencia, del corazon y de los sentidos, los halagan; por lo mismo que en lugar de condenar el orgullo, las afecciones profanas, la molicie, tienden á fomentarla; por lo mismo que en lugar de poner al hombre en un estado de dependencia, de sacrificio, de pena, único estado que naturalmente conviene á un sér ciego, débil, enfermo, corrompido, lo ponen en un estado diametralmente opuesto á su condicion; por lo mismo que le hablan de independenciam, de libertad, de comodidad y de goces sensibles; que le persuaden á que se atribuya él mismo la infalibilidad, la certeza, la justicia y la fuerza, y le inspiran una licencia sin freno y sin límite, un imperio absoluto y arbitrario sobre sí mismo; por lo mismo que le disminuyen la amargura saludable, solo remedio que puede curarlo, le presentan, con la aparienciam de una dulzura homicida, el veneno que debe darle la muerte; por lo mismo que en lugar de instruirlo para corregirlo, lo halagan para corromperlo; que en lugar de exigir de él los trabajos, los esfuerzos, los sacrificios necesarios para obtener la posesion de Dios, le sugieren que para obtener á Dios, para adquirir lo único necesario, es inútil imponerse ningun sacrificio, dando así un mentis sacrilego á los ejemplos de los Apóstoles, de los mártires y de los Santos, y á las mismas palabras de Jesucristo; por lo mismo que esas pretendidas religiones, esas llamadas doctrinas no son en nada evangélicas, sino mundanas; no son divinas, sino diabólicas, son, no solamente sacrílegas, sino absurdas, y no ménos contrarias á la razon que á la fe, no ménos contrarias á la filosofia que al Evangelio.

Pero ¡ay! no son ménos estúpidos é insensatos que los incrédulos y los herejes esos católicos que porque tienen la dicha de vivir en la verdadera Iglesia, donde está la verdadera palabra, la verdadera doctrina de Jesucristo, creen estar en la vía segura para llegar á la union con Dios, á la posesion de Dios por Jesu-

cristo, y eso sin cumplir sus leyes, sin practicar su culto. Es decir, que se contentan con sacrificar su inteligencia por la sumision de la fe, rehusan inmolar el corazon por la obediencia á los preceptos, é inmolar el cuerpo por los ejercicios de la verdadera piedad.

Pero así como no bastó á Magdalena estar en la misma casa que Jesucristo, tampoco debe bastar al cristiano estar en la verdadera Iglesia. Así como Magdalena, á los piés de Jesucristo, no solamente dedicaba su inteligencia á su doctrina y grababa en su corazon con amor su ensenanza, sino que tambien le rendia homenaje por su actitud exterior, así el verdadero cristiano no debe limitarse á permanecer en el cuerpo de la Iglesia por la profesion de la fe, sino que tambien debe esforzarse en pertenecer al espíritu de la Iglesia por el cumplimiento de la ley y por la práctica del culto, sin lo cual no llegaria jamas á lo único necesario, á la union con Dios.

Ó se posee á Dios todo entero, ó nada de Él se posee; ó Dios está enteramente unido al hombre, ó enteramente separado. No puede pertenecerse á Dios solamente á medias. Así como el hereje, por fiel que sea á ciertos preceptos del Decálogo, por más que practique algunas mortificaciones, por multiplicadas que sean sus oraciones, por lo mismo que no tiene la fe divina, y que, no estando unido á Dios por la inteligencia, no comunica con Dios ni por el corazon ni por los sentidos, y que separado de Dios por un lado está separado todo de Él, así tambien el católico que no reza, que no frecuenta los sacramentos, que no escucha la palabra divina, que no se mortifica, que no hace penitencia y que, por tanto, no participa de la virtud divina que se comunica por estos medios sensibles, ese católico permanece débil, cae en el pecado, y desde entónces cesa de participar del amor divino. Además, por lo mismo que ha llegado á ser vicioso y corrompido, si no pierde la fe, si no cae en la incredulidad especulativa, cae en la incredulidad práctica; si no pierde totalmente la fe, al ménos le da un golpe mortal. Aun conserva la fe, es verdad; pero, segun Santiago (1), no la conserva más que como un cadáver que se descompone, no como un remedio que vivifica; como un peso que agobia, no como un apoyo que sostiene; como

(1) Fides sine operibus mortua est. (Jacob., II.)

un remordimiento que desgarrar, no como un espejo en el cual se ve á Dios tal como puede verse desde la tierra, y del cual se reciben los resplandores vivificantes de la razon infinita; y así no participa de una manera eficaz y saludable de la verdad divina. Por consiguiente, el cristiano que no se cuida de unirse á Dios por los sentidos, por medio de piadosas prácticas de culto, cesa tarde ó temprano de estar unido de corazón á Dios por la sumision á los divinos preceptos, y cesa, en fin, un dia de estarle unido por la inteligencia con una fe viva y eficaz. Así, pues, ese mal católico, perteneciendo al cuerpo de la Iglesia por la profesion exterior de la fe, está separado de su espíritu, y por tanto, separado tambien del Espíritu de Dios, puesto que no puede participar del Espíritu de Dios más que por su union al espíritu de la Iglesia, que es Jesucristo. Está, pues, en estado permanente de cisma, de separacion con Dios; y si la muerte lo sorprende en este estado, esa separacion real de Dios en que se encuentra será irreparable, eterna.

Así, pues, cuidemos de inmolar á Dios, de someter á Dios, no solamente la inteligencia por la humildad de la fe, sino tambien el corazón por la humildad á la ley evangélica, y los sentidos por la práctica del culto, de la oracion, de los sacramentos y de la penitencia. Así, unidos enteramente á Dios en este mundo por el corazón y por los sentidos, merecerémos estar unidos á Él tambien en los cielos, obtendrémos ese único necesario por que hemos sido creados, y participarémos, con Magdalena, de la ventaja de haber escogido en esta vida esa parte mejor que no puede sernos jamas arrebatada, y que nos hará dichosos en la eternidad: *Optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea.* Así sea.

VIGÉSIMA NOVENA HOMILÍA.

LA MUJER QUE PARE,

Ó LOS HOMBRES NACIDOS ESPIRITUALMENTE DE MARÍA
AL PIÉ DE LA CRUZ.

Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus. Cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. (JOAN., XVI.)

Quando pare la mujer, se entristece, porque ha llegado su hora. Pero luego, cuando ha parido un hijo, olvida sus grandes dolores y se alegra, porque ha venido un hombre al mundo.

Así como Adam, despues del pecado, fué condenado á vivir á costa de un trabajo penoso, tambien Eva fué condenada á parir con dolor (1).

Al ponerse Jesucristo en el lugar de Adan para expiar su falta, aceptó la pena debida al pecado. Y en efecto, su pan, que, como El mismo ha declarado, era hacer la voluntad de su Padre, acabando la obra de nuestra salud (2), este pan tan duro, pero al mismo tiempo tan dulce y tan delicioso para su tierno corazón, quiso el nuevo Adan ganarlo, no sólo con el sudor de su frente (3), sino con un sudor de sangre que brotase de todo su cuerpo (4).

Tambien es cierto que María fué llamada para ocupar el lugar de Eva, á fin, dice San Bernardo, de que los dos sexos concur-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III.)

(2) Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV.)

(3) In sudore vultus tui vesceris pane tuo. (*Gen.*, III.)

(4) Factus est sudor ejus quasi guttæ sanguinis decurrentis in terram. (*Luc.*, XXII.)